

XI

El padre y la hija

Al extremo de la calle de árboles, Andrea percibió en efecto al mariscal y á su padre que la aguardaban paseándose delante del vestibulo.

Los dos amigos parecían muy alegres y estaban cogidos del brazo, de manera que aun no se había visto en la corte á Orestes y Píldes tan exactamente representados.

Á la vista de Andrea, los dos viejos redoblaron su alegría y se hicieron notar uno á otro la radiante hermosura de la joven, realzada aun más por la cólera y por la rapidez de su marcha.

El mariscal saludó á Andrea, como hubiera saludado á madama Pompadour en favor, y aunque Taverney notó este matiz y le agradó sobremanera, sorprendió mucho á su hija por esa mezcla de respeto y de libre galantería, porque el hábil cortesano sabía saludar con tantos pormenores como frases francesas empleaba Covrelle para explicar una palabra turca.

Andrea hizo una reverencia que fué tan ceremoniosa para su padre como para el mariscal, luego, con encantadora gracia, invitó á los dos á subir á su cuarto.

El mariscal admiró aquel elegante aseo, único lujo de los muebles y de la arquitectura del reducido aposento, pues Andrea, con flores y un poco de muselina

blanca, había convertido su triste cuarto, no en un palacio, pero sí en un templo.

El duque se sentó en un sillón de persiana verde de grandes flores, bajo un jarrón de la China de que pendían racimos perfumados de acacia y arce, mezclados con iris y rosas de Bengala.

Taverney ocupó otro sillón igual, y Andrea se sentó en una silla de tijera apoyando el codo en un clave guarnecido también de flores puestas en un jarrón de Sajonia.

— Señorita, dijo el mariscal, vengo á felicitaros en nombre de S. M. por los merecidos aplausos que vuestra encantadora voz y vuestro talento de cantante consumada han arrancado ayer á todos los que asistieron al ensayo. S. M. temió hacer celosos y celosas elogiándoos en voz alta, y por lo mismo me ha encargado os exprese todo el placer que le habéis causado.

Andrea, muy ruborizada, estaba tan hermosa, que el mariscal continuó como si hablase por cuenta propia.

— El rey me ha afirmado que no había visto jamás en su corte una persona que reuniese en tan alto grado como vos, señorita, los dones del talento y de la hermosura.

— Tú olvidas decir y los del corazón, dijo Taverney muy hueco; Andrea es la mejor de las hijas.

El mariscal creyó por un momento que su amigo iba á llorar, y lleno de admiración por aquel esfuerzo de sensibilidad paternal, exclamó:

— ¡El corazón! ¡ay! querido, tú solo puedes juzgar de la ternura que encierra el corazón de esta señorita. Si yo tuviera veinte años, pondría á sus pies mi vida y mi fortuna.

Andrea no sabía aun acoger ligeramente el home-

naje de un cortesano ; de suerte que Richelieu sólo obtuvo de ella un murmullo sin significación.

— Señorita, dijo, el rey os suplica le permitáis daros una prueba de su satisfacción, y ha encargado al señor barón, vuestro padre, desempeñe esta comisión. ¿ Qué respondo á S. M. de parte vuestra ?

— Caballero, dijo Andrea, que no vió en el paso que iba á dar sino el respeto que todo súbdito debe á su rey, tened la bondad de asegurar á S. M. que no puede ser más profunda mi gratitud. Decid también á S. M. que me honra demasiado con ocuparse de mí, y que soy indigna de que un monarca tan poderoso fije en mí la atención.

Á Richelieu entusiasmó al parecer esta respuesta, que la joven pronunció con voz firme y sin nunguna indecisión.

Le cogió la mano, que besó respetuosamente ; y devorándola con la vista, dijo :

— ¡ Mano de reina, pie de hada... talento, voluntad, candor !... ¡ Ah, barón, qué tesoro !... No tienes una hija, sino una reina.....

Y dicho esto se despidió, dejando á Taverney con Andrea, á Taverney, que se había ido hinchando insensiblemente de orgullo y de esperanza.

Cualquiera que hubiese visto á aquel filósofo de antiguas teorías, á aquel escéptico, á aquel desdenoso, aspirar con gusto el aire del favor nada menos que en su lodazal más impuro, habría dicho que Dios había amasado con el mismo fango el entendimiento y el corazón de Taverney.

Empero éste podía responder á propósito de semejante cambio, que no era él el que había variado, sino el tiempo.

Quedó, pues, con Andrea, sentado en su sillón, y algo cortado, porque la joven, con su inagotable sere-

nidad, le atravesaba con sus miradas tan profundas como el mar en su más hondo abismo.

El señor de Richelieu ha dicho que S. M. os ha encargado me deis una prueba de su satisfacción. ¿ Queréis decirme cuál es ?

— ¡ Ah ! dijo Taverney. ¿ Es interesada ? Nunca lo hubiera creído. ¡ Tanto mejor, Satanás ! ¡ tanto mejor !

Sacó lentamente de la faltriquera el cofrecito que el mariscal le había dado la vispera, y se parecía á esos papás que sacan un cucurucho de bombones ó un juguete que los ojos del niño arrancan del bolsillo antes que las manos hayan obrado.

— Ahí tienes, dijo.

— ¡ Ah ! ¡ son joyas ! exclamó Andrea.

— ¿ Te gustan ?

Era un collar de perlas de gran precio, con doce gruesos diamantes entre ellas, unos pendientes y una hilera de diamantes para la cabeza, un broche de diamantes, cuyo valor ascendía á treinta mil escudos cuando menos.

— ¡ Dios mío ! exclamó Andrea.

— Y bien, ¿ qué ?

— Es demasiado rico... el rey se ha equivocado. Me causaría rubor el traer esto. ¿ Tengo yo acaso vestidos que digan bien con unas alhajas tan ricas ?

— Sí, debes quejarte, dijo Taverney con ironía.

— Veo que no me entendéis... Lo que quiero decir es que siento no poder traer estas alhajas, porque son demasiado ricas.

— Señorita, el rey que ha regalado el cofrecito es un señor bastante grande para dar también vestidos ricos.

— Pero, señor... esta bondad del rey.....

— ¿ Crees que no la tengo bien merecida con mis servicios ? preguntó Taverney.

— ¡ Ah ! perdonad, señor, verdad es; replicó Andrea bajando la cabeza, pero sin estar bien convenida.

Al cabo de un momento de reflexión, cerró el cofrecito, diciendo :

— No traeré estos diamantes.

— ¿ Por qué ? preguntó Taverney con inquietud.

— Porque vos y mi hermano carecéis de lo necesario, y desde que pienso en ello este lujo superfluo me mortifica.

Taverney estrechó la mano de su hija sonriendo.

— ¡ Oh ! no te ocupes de eso, hija mía, pues el rey ha hecho más por mí que por tí. Estamos en favor, querida mía, y ya conoces que no sería propio de una súbdita respetuosa ni de una mujer agradecida presentarse delante de S. M. sin el aderezo que se ha dignado regalarte.

— Pues obedeceré, señor.

— Sí, pero es preciso que lo hagas con gusto... Parece que no te agrada este aderezo.

— No soy inteligente en diamantes, señor.

— Pues sábetes que sólo las perlas valen cincuenta mil libras.

Andrea juntó las manos diciendo :

— Señor, es muy extraño que S. M. me haga á mí un regalo de ese valor; reflexionadlo bien.

— No comprendo lo que quieres decir, replicó Taverney con un tono seco.

— Si me pongo estas joyas, os aseguro que todos lo extrañarán.

— ¿ Por qué ? dijo Taverney con el mismo tono, y dirigiendo una mirada tan imperiosa y fría á su hija que la hizo bajar los ojos.....

— Es un escrúpulo que tengo.

— Señorita, debéis confesar que es aun más extraño

que tengáis escrúpulos en lo que yo no los tengo. ¡ Alabo las candidas jóvenes que conocen el mal y lo perciben por oculto que esté, cuando nadie lo había percibido ! ¡ Bien haya la joven sencilla y casta que hace ruborizarse á los viejos granaderos como yo !

Andrea ocultó su confusión con sus nacaradas manos, y murmuró en voz muy baja :

— ¡ Oh ! hermano mío, ¿ por qué estás ya tan lejos ?

No podremos decir si Taverney oyó estas palabras, ó si las adivinó con esa maravillosa perspicacia que le conocemos; lo cierto es que en ese mismo instante endulzó el tono y cogiendo las dos manos de Andrea, dijo :

— ¡ Vamos, hija mía ! ¿ Acaso tu padre no es amigo tuyo ?

Una dulce sonrisa se abrió paso por entre las sombras que oscurecían la hermosa frente de Andrea.

— ¿ No estoy yo aquí, para amarte, para aconsejarte ? ¿ No sientes un orgullo en contribuir á la fortuna de tu hermano y á la mía ?

— ¡ Oh ! sí, dijo Andrea.

El barón concentró en su hija una mirada preñada de caricias y prosiguió :

— Pues bien, tú serás, como dijo hace poco Richelieu, la reina de Taverney... El rey te ha distinguido... La Delfina también, añadió vivamente, y con la intimidad de esas augustas personas levantarás el edificio de nuestro porvenir, haciéndoles á ellos grata la vida... ¡ Qué gloria no te resultará de ser amiga de la Delfina... y del rey !... Tienes un talento superior y una hermosura sin rival; un entendimiento sano, libre de avaricia y ambición... ¡ Oh, qué papel tan brillante puedes hacer, hija mía ! ¿ Te acuerdas de la joven que endulzó los últimos momentos de Carlos

VI?... pues su nombre fué bendecido en Francia. ¿Te acuerdas de Inés Sorel, que restituyó el honor á la Corona de Francia?... Pues todos los franceses veneraron su memoria... Andrea, tú serás el báculo de la vejez de nuestro glorioso monarca... Te querrá como si fueses hija suya, y reinarás en Francia por el derecho de la hermosura, el valor y la fidelidad.....

Andrea abrió los ojos con asombro, y el barón prosiguió sin darle tiempo á que reflexionase :

— Con una mirada arrojarás á esas mujeres perdidas que deshonran el trono; tu presencia purificará á la corte, y á tu generoso influjo deberá la nobleza del reino la vuelta de las buenas costumbres, de la urbanidad y la pura galantería. Hija mia, tú puedes y debes ser un astro regenerador para este país, y una corona de gloria para nuestro nombre.

— Pero ¿qué debo hacer para eso? dijo Andrea aturdida.

El barón meditó algunos instantes, y luego dijo :

— Andrea, muchas veces te he dicho que en este mundo es preciso forzar á la gente á que sea virtuosa haciendo que amen la virtud. La virtud que pone mal gesto, la virtud triste, la que á cada momento encaja una sentencia, hace huir á los mismos que con más ardor desean acercarse á ella. Da á la tuya todo el cebo de la coquetería, y aun del vicio, lo cual es fácil á una joven de tanto talento y fortaleza como tú. Hazte tan hermosa que la corte solo hable de tí; hazte tan agradable á los ojos del rey, que no pueda pasarse sin tí; hazte tan secreta, tan reservada para todos, excepto para S. M., que te atribuyan bien pronto todo el poder que no puedes menos de llegar á obtener.

— No entiendo bien este último consejo, dijo Andrea.

— Deja que sea tu guía, y ejecutarás sin compren-

der, lo cual vale más para una criatura tan prudente y generosa como tú. Á propósito, para ejecutar el primer punto, hija mía, debo surtir tu bolsillo; toma estos cien luises, y vístete de un modo digno del rango á que estás llamada desde que el rey nos ha hecho la honra de distinguirnos.

Taverney dió cien luises á su hija, le besó la mano y salió.

Gracias á la rapidez con que anduvo la calle de árboles por donde había ido, no descubrió á Nicole en el fondo del bosquecillo de los Amores, en gran conversación con un señor que le hablaba al oído.